

Titularidad en la PUCV  
(7 de mayo de 2024)

1. Por esto de la titularidad quiero agradecer no al final sino desde el comienzo. A mis papás fallecidos prematuramente: Tito y María Teresa, a mi *nonna*, a mi propia familia: Carola, Elena, Emilia, a personas magisteriales (Wilhelmy, Rodríguez, Rivera, González, Schöndorf -mi *Doktorvater*-, Bayón, etc.), a algunos compañeros de estudios y trabajos universitarios, a amigos de otra índole, a exalumnos persistentes y nutritivos. Agradecido estoy también de la Católica de Valparaíso, su Escuela de Derecho, su Instituto de Filosofía. Aquí, entre 1988 y 1998, di mis primeros pasos jurídicos y filosóficos, me inicié como ayudante y como profesor agregado, hasta desempeñarme ya con jornada completa desde el 2011. Aquí tuve la fortuna de ser parte de la entrañable generación del 88, aquí percibí la huella -en los años de plomo del pinochetismo- de ese legendario líder estudiantil y político que fue Pablo Andueza, persona luminosa como pocas. Hay más, claro. Mi periplo incluye universidades y personas en Coquimbo y Santiago, los años doctorales en Mannheim, München, Barcelona y Paris. Tras estos años, he llegado a apreciar que el profesor universitario habita no solo una institución particular (un caso *-token-* de universidad), sino al mismo tiempo una tradición general (el tipo *-type-* universitario). Estudiando y enseñando en alguna institución, el académico es a la vez un cosmopolita, un portaestandarte de lo que el cardenal Newman llamara “la idea de universidad”. Yo estaría dispuesto a romper una lanza, a engarzarme en una conversación rigurosa al respecto. Pues en lo local y en lo universal uno asume el mismo deber de ejercicio virtuoso y amable de la inteligencia (¡la parábola de los talentos!), de donde la necesidad de la crítica precisa, no por constructiva menos franca -incluido el derecho inalienable, ante autoridades de toda índole, de argumentar la penúltima palabra (como suelen decir los jesuitas). Digo, pues, a personas queridas, a compañeros de ruta, a seres ejemplares, a esta universidad, a las otras, al ancho y añoso mundo universitario: muy agradecido, muy agradecido, muy agradecido.

2. La calidad de profesor titular, añadiría, es otro hito en un camino sin solución de continuidad. Entiendo que la universitaria es la actividad continua de “mentes independientes”, como en la película *Oppenheimer* se calificaba a los académicos del brillante Instituto de Princeton. Los universitarios son seres que anhelan el *βίος θεωρητικός*, conmovidos no tanto por una profesión laboral más o menos lucrativa o a la moda de los tiempos, como por el *studium* y el conocimiento, la distancia reflexiva, la verdad escueta y sin patetismos. Una confesión: a mí se me ha dado el derecho con filosofía, incluso la filosofía más allá del derecho, lo que quizá se explique porque el derecho, aunque socialmente decisivo, se pone de veras fascinante solo cuando es cultivado filosóficamente, mientras que sin filosofía el derecho amenaza ruina. Desde temprano me ha importado más el camino que la meta o el producto, como en esas pequeñas comunidades universitarias de lecturas, preguntas, críticas y discusiones sin fin que he tenido el privilegio de vivir, experiencias académicas colaboradoras y pacientes donde se dan ‘puntadas sin hilo’, se cultiva ‘el arte por el arte’, con genuina libertad, crítica a veces feroz, exquisita despreocupación por ‘publicar o perecer’ y otras yerbas. Las universidades pueden llegar a ser instituciones que hacen posible la vocación intelectual a lo largo de toda una vida, infectando a otras vidas con ideas, nuevas maneras de ver las cosas, hábitos de una disciplina, maneras de ratón de biblioteca. La actividad universitaria está sujeta al estándar de la búsqueda desinteresada de conocimiento, incluso tratándose de profesiones y por incómoda que se sienta la práctica

profesional con tanta *θεωρία*; después de todo, decía Kant, una buena teoría siempre sirve a la práctica. Es cierto: vivimos en el contexto instrumental y economicista del masivo capitalismo académico, para el cual son decisivos la riqueza, el éxito, la competencia. Pero el universitario sabe que estos no son esenciales y que su hipertrofia merece desprecio. También sabe que la piedra de toque en las universidades no es ningún valor útil. La utilidad importa, por supuesto. Una sana administración financiera o una detallada planificación estratégica puede ser crucial (lo muestra ahora mismo eso que está ocurriendo en la Universidad Austral de Chile). Sin embargo, los valores útiles son derivados, se subordinan a valores mayores, comprensivos, intelectualmente elegantes. La universidad nos recuerda que hay cosas más importantes que las útiles, que el cultivo del talento intelectual es paradigma del servicio académico a la sociedad y a su tiempo, que hay que recoger ese talento variopinto y raro donde sea que esté, combatiendo de paso el elitismo de los privilegiados.

3. Jamás repetiría, por eso mismo, lo que un joven profesor sumamente *winner*: “si uno desea sobrevivir y tener éxito en el mundo académico, debe apuntar alto: es decir, tratar de publicar siempre en las mejores revistas Q1 de nuestra profesión [...], de priorizar publicar en inglés en vez de en español [pues] hay evidencia que señala que aquellos *papers* o ensayos académicos que están escritos en inglés generan más citaciones, atraen más atención por parte de la comunidad académica y son considerados de mejor ‘nivel’ que aquellos ensayos escritos en otros idiomas” (<https://www.elmostrador.cl/noticias/opinion/2024/03/06/cartas-a-un-joven-academico/>). Siempre me ha parecido una vulgar descripción del universitario oficio intelectual esa del académico ganador, exitoso en la competencia para sobrevivir. Tal es más bien una patología universitaria que valdría la pena discutir. Los académicos (como, a su manera, los estudiantes y los administradores) pueden ser cachetones, *winners*, también quejones, o amargados, o lateros, o desagradables, o envidiosos. ¿No es pertinente, por eso, una psicopatología de la personalidad académica? ¿O ajustar la tipología de los patrones anómicos que sugiriera Merton en la nación más exitista del planeta para, así, examinar las maneras mediante las que el comportamiento universitariamente *winner* puede volverse innovador (ilícito) en los medios, o bien ritualista (sin compromiso) con los fines, o bien apático (conservador) o aun rebelde (revolucionario) respecto de medios y de fines?

4. Una de las mejores cosas que he leído a propósito de lo saludable y lo mórbido en las universidades es *Stoner*, de J. Williams. Allí un universitario es presentado con perfecto realismo y nulo exitismo. Incluso William Stoner, hijo de campesinos, puede ser tocado por la experiencia académica, adoptar una nueva forma de vida (¡μετάνοια!) no demasiado apta -todo hay que decirlo- para las cosas del mundo. Quien es de la universidad suele ser débil, lento, incluso impotente, ineficaz. Sí será, en cambio, alguien reflexivo, que goza (e irradia) estudiando, que lo considera casi todo *sine ira et studio*. La conversión de Stoner ocurre así: en una clase sobre los sonetos de Shakespeare, su profesor, Archer Sloane, lee el soneto 73 y pregunta al grupo por su significado, para después dirigirse directamente a Stoner: ¿qué significa, qué le dice ese soneto? Stoner, petrificado, solo atina a repetir los versos finales: “Esto ves, y tu amor se fortalece/ amando bien aquello que ya pierdes” (Williams, 2016: 19). Sloane le dice secamente: “el señor Shakespeare le habla a usted a través de tres siglos, señor Stoner. ¿Usted lo oye?” (Williams, 2016: 20). Stoner apenas musita: “significa..., significa...”, sin poder terminar la frase. Sloane da por terminada la clase, sale raudamente de la sala. El momento es epifánico, transformador. Luego Stoner abandona sus ramos científicos, la agronomía, se matricula en ramos de filosofía, historia, literatura, porque un

nuevo mundo se le ha abierto a su mente profunda, seria, poco expresiva: “cobró conciencia de sí mismo de un modo hasta entonces desconocido” (Williams, 2016: 22). Ya en cuarto año de universidad, Sloane le dice que podría proseguir con la maestría y el doctorado. A qué se refiere, le pregunta Stoner. Y Sloane suelta esto: “¿Acaso no lo sabe, señor Stoner? [...] ¿Aún no se comprende a sí mismo? Usted será profesor”. Stoner le replica: “¿Cómo lo sabe? ¿Cómo puede estar seguro?” [...] “Es amor, señor Stoner -dijo jovialmente Sloane-. Usted está enamorado. Es así de sencillo” (Williams, 2016: 28).

5. Pecaría de irrealismo si no incluyera en la vida universitaria dificultades, fracasos. A veces es la propia sombra (uno tiene puntos ciegos, malentendiendo sus debilidades, es risible, obsesivo), a veces son sombras colectivas (el deterioro del clima organizacional, de la cordialidad laboral o, peor, de la justicia y la dignidad). Stoner vivió su *via crucis* con un colega, Hollis Lomax, que se enemistó con él por un favor no concedido, haciendo desde entonces todo lo que estuviera a su alcance para volverle la vida imposible. ¿Quién no ha vivido sinsabores académicos como ese, o como las exigencias ambiguas, aun contraproducentes, que hace la industria académica crecientemente masiva, o como los recortes ideológicos de la libertad académica ejecutados por la mentalidad inquisitorial del mccarthismo universitario? Stoner, de hecho, enfrentó semejantes incordios estoicamente, con una serenidad desesperante, no sé si con una académica no-violencia-activa.

6. Termino insinuando algunas ideas. *Para un joven académico*: no dividas el mundo entre ganadores y perdedores, sé cuidadoso con colegas, estudiantes y funcionarios, tómate tu tiempo, lee y piensa antes de escribir, nada publiques sin pasarlo por criba propia y ajena, y, si tu día a día es de cursos numerosos, procúrate algún pequeño seminario donde la interacción próxima, la lectura, el pensamiento y la creatividad -créeme- alcanzan otro nivel. *Para una autoridad universitaria o estatal*: no te engolosines con el poder, o los indicadores, o las motivaciones extrínsecas, no temas lo espiritual imposible de descomponer, medir, evaluar, acreditar y rankear, decide con justicia, sin arbitrariedad, tolera diferencias, y líbrate de diseñarlo todo como si la conducta de los universitarios fuese siempre y solo lo que supone la economía más tonta: la del *homo oeconomicus* autointeresado, maximizador de utilidad. *Para quien enarbole la confesionalidad en una universidad*: huye del fariseísmo, enfoca lo esencial, no adviertas la paja en el ojo ajeno sin ver la viga en el propio, no cedas al dogmatismo ni amenazas, admira la pluralidad universitaria, y haz como Dickens: “lo que tenía de cristiano era esa forma casi instintiva de tomar partido por los pobres frente a los opresores” (Leys). *Para quien integra una universidad*: edúcate, forma tu propio juicio reflexionante, actúa cooperando más que compitiendo, no coacciones, no admitas el cesarismo, piensa políticamente, huye del infantilismo reaccionario o revolucionario, prioriza la *auctoritas* sobre la *potestas*. *Para el capítulo académico entre nosotros*: discierne con respeto las diversas vidas universitarias, ayuda a mejorar normas y procedimientos que organizan las categorías (y jerarquías) de la auténtica profesión académica, nunca dejes de cuidar la universidad, vigilar el poder, contenerlo, mantenerlo separado, y velar -con independencia del mismo- por la libertad académica. *Para mí*: ejerce tu pensamiento hasta el límite pero risueñamente, no te enamores de tus ideas ni pontifiques, no cedas al engreimiento ni al rencor, salva la proposición del prójimo, pide perdón, ándate con calma y encara la edad propecta, no te pierdas y confía en cualidades más que en cantidades: la actividad académica es *πρᾶξις*, no mera *ποίησις*. y muestra en concreto que una de las mejores cosas de la vida es el laborioso disfrute teórico (y si es con café o chocolate, miel sobre hojuelas).